

## BENDITO SEA EL FANTASMA

### I

Mi madre lo llevaba  
sobre la piel, un velo  
que le cubría el cráneo,  
pus debajo de las uñas.

Su ginecólogo creyó  
haber visto algo  
entre el espéculo y  
el cuello uterino.

Mientras ella lee, se echa a sus pies a lamerse,  
caliente como el fuego, lo siente dormitar  
entre sus pies.

En la ducha, le enjabona la espalda,  
a veces la abraza  
por detrás y la aprieta.

Ella nunca le cruza la mirada  
y le está agradecida de que la mantenga en calor.

### II

Es un olor que no sabe de dónde viene,  
ella se lava el pelo, el humo  
de un fuego invisible—recuerdos de contrabando  
en lo más profundo de sueños repletos de un dolor  
guardado en la sangre—, una campana que no suena,  
un rezo no anunciado, bendito sea este hijo  
nacido de la mano del dolor.

Recuerda los tiempos en que adoraban  
los pájaros, el reino de la mirra, las manos  
húmedas indagando en su pecho en busca de bultos,  
el vapor jaspeando reflejos.

Rememorarla es oír un aliento húmedo  
en la espalda, llevar la cuenta de los niños  
muertos en Somalia, sacrificados por la guerra  
y por la blanca mano con guantes de Europa.

Ella despliega un pequeño pañuelo de seda  
para atrapar una lágrima que parece caer  
como caen los dictadores.

Poema perteneciente al poemario

*Bendita sea la hija criada por una voz en su cabeza* de Warsan Shire.

## CONVERSACIONES SOBRE EL HOGAR (EN EL CENTRO DE DEPORTACIÓN)

Pienso que fui escupida de casa, los apagones y los toques de queda, la lengua contra los dientes flojos. Dios, ¿sabes lo difícil que resulta hablar del día en que tu propia ciudad te arrastró cogida del pelo pasando por la antigua prisión, dejando atrás las puertas de la escuela, los torsos en llamas izados en palos como banderas? Cuando me encuentro con otros como yo reconozco la nostalgia, el abandono, el recuerdo de la ceniza en sus rostros. Nadie deja su hogar a menos que se convierta en la boca de un tiburón. He llevado tanto tiempo el viejo himno en mi boca, que no hay ya espacio para otra canción, para otra lengua, para otro idioma. Conozco una pena que me envuelve como un sudario, que por completo me sepulta. Partí en pedazos mi pasaporte y me lo comí en un hotel de aeropuerto. Estoy repleta de palabras que no soy capaz de olvidar.

Me preguntan *¿cómo llegaste aquí?* ¿Acaso no ves mi cuerpo? El desierto de Libia teñido del rojo de cuerpos de inmigrantes, el Golfo de Adén atiborrado, en la ciudad de Roma sin abrigo. Espero que el viaje significara algo más que millas porque todos mis hijos se quedaron en el agua. Pensé que el mar era más seguro que la tierra. Quiero hacer el amor, pero mi pelo huele a guerra y a huida, a huida. Quiero tenderme a descansar, pero estos países son como tus tíos, que te tocan cuando eres joven mientras duermes. Mira todas esas fronteras que echan espumas por la boca llena de cuerpos rotos y desesperados. Llevo en mi cara el color del sol ardiente, los restos de mi madre nunca fueron enterrados. Pasé días y noches en el vientre de un camión y cuando salí ya no era la misma. A veces siento que es otra la que viste mi cuerpo.

Estoy convencida de algunas cosas. No sé adónde voy, el sitio de donde vengo está a punto de desaparecer, no me quieren aquí y mi belleza aquí no es belleza. Mi cuerpo arde con la pena de no pertenecer a ningún lugar, mi cuerpo añora. Soy el pecado del recuerdo y la ausencia de recuerdos. Veo las noticias y mi boca es un fregadero lleno de sangre. Las colas, los formularios, la gente en las ventanillas, las tarjetas de teléfono, el agente de inmigración, las miradas en la calle, el frío que se me mete en los huesos, Las clases de Inglés por la noche, la distancia que me separa de casa. Pero, *Alhamdulillah*,<sup>1</sup> todo esto es mejor que el olor de una mujer en llamas, o que un camión lleno de hombres que se parecen a mi padre y que me hacen sacar los dientes y las uñas, o catorce hombres entre mis piernas, o una escopeta, o una promesa, o una mentira, o su nombre, o su virilidad en mi boca.

Les oigo decir *márchate de aquí*, les oigo decir *malditos inmigrantes*, *malditos refugiados*. ¿Son de verdad tan arrogantes? No saben que la estabilidad es como tener un segundo sobre tu cuerpo a un amante con su dulce boca, y acto seguido no ser más que un temblor yaciendo en el suelo cubierto de escombros y monedas antiguas que has de devolver. Sólo puedo decir que una vez fui como vosotros, la apatía, la pena, el lugar ingrato y que ahora mi casa es la boca de un tiburón, ahora mi casa es el cañón de una pistola. Os veré al otro lado.

Poema perteneciente al poemario  
*Enseñando a parir a mi madre* de Warsan Shire.

---

<sup>1</sup> “Alabado sea Alá”